



A 75 años de *Las olas*

Silvina Espinosa de los Monteros

Este 2006 se cumplen setenta y cinco años de la aparición de uno de los libros fundamentales de la literatura universal. *Las olas* de Virginia Woolf (1882-1941), publicado originalmente en 1931, constituye uno de los puntos culminantes en la obra de la escritora inglesa, ya que a partir de la voz interior de seis personajes, en apariencia distintos, se cuenta la trama novelada de una sola existencia tomando como referente las constantes transformaciones del paisaje marino desde el alba hasta el ocaso en alusión al trayecto de la infancia a la vejez.

Con el trabajo literario de *Las olas*, Virginia Woolf nos demuestra la manera en que el flujo de la conciencia es capaz de adelantarse o retroceder sin la intermediación de un narrador ni la necesidad de estímulos externos. Las seis figuras preponderantes del libro (tres femeninas y tres masculinas) vierten monólogos que se cruzan entre sí, como la invocación de coros espectrales, que nunca llegan a producirse en la realidad.

Al igual que lo hizo en otras obras, Woolf es capaz de descender a los estratos más profundos de la conciencia humana en un viaje que asombrosamente conjuga belleza, melancolía y naturalidad. La autora trabaja en diferentes niveles de significado, si con *Orlando* se deleitaba al transgredir la noción del tiempo, mismo que condujo al extremo con el cambio alternado de sexo del protagonista, con *Las olas* el mundo exterior existe sólo en la medida de las percepciones de la conciencia. Cuestión que pareciera imposible plasmar en un libro y que en la pluma de Virginia Woolf funciona de manera fluida e incluso natural.

Nacida el 25 de enero de 1882, Adelina Virginia Stephen fue la tercera de cuatro hermanos. Su padre Leslie Stephen, fundador del *Dictionary of National Biography*,

era un hombre amante de las letras que crió a sus hijos en un ambiente culto. Cuando su hermano Thoby ingresó al Trinity College en Cambridge, en octubre de 1899, tanto Virginia como su hermana Vanessa accedieron al grupo de amigos de éste, conformado por Lytton Strachey, Saxon Sydney-Turner, Clive Bell y Leonard Woolf, quien más tarde se convertiría en el esposo de Virginia. Como resultado de las veladas literarias que juntos organizaron, el ya célebre grupo de Bloomsbury pasó a la historia por su capacidad para combinar la diversión, el talento creativo y la crítica literaria provista de mordacidad e ingenio, además de ser el círculo intelectual de mayor influencia de la época.

Después de haber fundado, junto con su esposo Leonard Woolf, la Hogarth Press —editorial donde se publicaron autores como T.S. Eliot, Katherine Mansfield y los primeros trabajos de Sigmund Freud en inglés—, la trayectoria literaria de Virginia Woolf fue en ascenso. Tras un par de novelas de corte tradicional escribió *La habitación de Jacob* (1922), *Mrs. Dalloway* (1925), *Al faro* (1927), *Orlando* (1928), *Las olas* (1931) y *Entre los actos*, publicada de manera póstuma en 1941. Lo anterior, además de sus libros de ensayos *El lector común* (1925) y *Una habitación propia* (1929), en la que defendió sus concepciones estéticas y el carácter particular de la literatura escrita por mujeres, lo que afianzó su prestigio entre los lectores.

Antes de suicidarse en el río Ouse, el 28 de marzo de 1941 (este 2006 también se han cumplido sesenta y cinco años de su muerte), Virginia Woolf nos legó una obra que supo reflejar como nadie la belleza fugitiva del instante, tuvo la sensibilidad y el talento para poner en palabras el misterio de lo inasible: aquello que se escapa pero cuya contundencia en la vida del indivi-

duo obliga a detenerse y a meditar la forma exacta de su sintaxis.

En la voz del personaje llamado Bernardo, a continuación reproduzco un fragmento de *Las olas*:

La gota que se forma cada noche sobre el tejado del alma es redonda, multicolor. La mañana fue hermosa; por la tarde hice un paseo. Me gusta percibir los campanarios de las iglesias a través de los campos grises. Me gusta observar por sobre los hombros de las gentes. Las ideas germinaron sin cesar en mi cerebro. Estuve ocurrenciente, sutil. Después de la comida estuve brillante. Di forma concreta a muchas cosas que habíamos observado vagamente acerca de nuestros comunes amigos. Logré salvar con facilidad todas las transiciones. Pero ahora, mientras estoy sentado junto a estas cenizas grises, con sus promontorios desnudos de carbón, debo formularme la pregunta final: “De todos estos Yo, ¿cuál es en realidad el mío?”.

Pregunta a la que Virginia Woolf trató, sin éxito, de responder una y otra vez a lo largo de sus espléndidos libros. ■



Virginia Woolf